

HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

NORTEAMERICANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Preliminares.

Diez años hace que al dar á luz la HISTORIA DE LAS COLONIAS ANGLO-AMERICANAS, anuncié la próxima publicacion de la HISTORIA DE LA REVOLUCION DE 1776, seguida de la HISTORIA DE LA CONSTITUCION DE LOS ESTADOS UNIDOS. Trabajos mil y mas urgentes quizás me han impedido cumplir antes la promesa que tenia hecha. Siquiera me he aprovechado de esa tardanza involuntaria para estudiar otra vez esas grandes cuestiones, haciendo de ellas objeto de mis conferencias en el colegio de Francia durante los años de 1863 y 1864; cuyas esplicaciones, aceptadas con aplauso por una numerosa concurrencia, someto hoy á todos los entusiastas del Norte América y de la libertad.

En 1863 hubiera sido poco menos que imprudente ocuparse en semejantes trabajos. Conocida es de todos la espantosa crisis que atravesaban los Estados Unidos; la guerra civil inundaba en sangre el suelo de América; millares de hombres se despedazaban para mantener ó destruir la obra de Washington; en tanto que en Europa ciertos políticos predecian la ruina de la Union con sonrisas de placer y de orgullo. Para determinada escuela omnipotente en el viejo mundo, ¡cuán agraciado hubiese sido el espectáculo de la caida de la mas grande y afortunada república que haya podido verse en el mundo! ¡Cuán agradable le hubiera sido anunciar y demostrar

con los hechos que la pretension de gobernarse un pueblo á sí mismo sin rey, sin nobleza, sin ejército, sin administracion jerárquica, sin deuda pública, era en política la mas vana y peligrosa de las quimeras! Es cierto que, sesenta años hacia, la libertad mas perfecta proporcionaba á los Estados Unidos prosperidad, grandeza, paz; pero..... eso hubiera sido un accidente tan solo, ya que la ruina de la Union demostraba terminantemente que una república es incapaz para hacer frente á los enormes gastos de una guerra civil ó extranjera; que los pueblos son impotentes para gobernarse á sí propios, y que fueron creados para dejarse conducir por señores funcionarios y soldados. Para aquella escuela, la salvacion de un pueblo está cifrada en la obediencia, y su libertad en la sumision. Segun ella, nada práctico y positivo existe fuera de la política de Hobbes y de Bossuet.

Ese gozo prematuro, esas esperanzas lisonjeras, toda aquella agitacion, todo ese ruido no desvanecieron las convicciones de mi juventud, que la edad y la reflexion han afianzado en mi conciencia. Yo no diré que no me haya alguna vez estremecido ante la formidable crisis de los Estados Unidos; con frecuencia he visto humillada la virtud y triunfante el vicio: pero algo me revelaba que Dios no abandonaria á un pueblo que combatia para redimir á cuatro millones de hombres, á ún pueblo que en el mundo representa la libertad, así como Grecia representa las artes, y Roma la conquista y el dominio. Infundíame esperanzas la historia de América tan poco conocida en Europa, y no pudiendo servir á los Estados Unidos mas que de lejos, esforzábame al menos para hacer partícipes de mi fé á cuantos no se dejaran arrastrar por los sucesos del dia, y que conmigo se atrevian á creer en el triunfo decisivo de la justicia y de la libertad.

«¡Feliz América, ha dicho Gøete, mil veces mas feliz que nuestro viejo mundo! Es cierto que en tu suelo no se alzan castillos góticos, ni te enorgulleces de gloriosas ruinas; pero al menos ningun género de recuerdos inútiles entorpece tu vida. Gozad del presente, americanos, y si algun dia vuestros hijos son poetas, presérvelos una suerte feliz de cantar maravillosas historias de caballeros, bandidos y hadas.»

Esas palabras encierran un sentido profundo. A los que hemos nacido en la vieja Europa, ora descendamos de los cruzados, ora seamos hijos de la revolucion, el pasado nos oprime con su peso; los recuerdos nos aplastan. En una edad nueva, que por doquier

se respira comercio é industria; en un siglo en que deberia reinar exclusivamente el trabajo, y con el trabajo la paz y la libertad, compañeras inseparables de aquel, hétenos ahí todavía paralizados por cierta admiracion poética ante los errores y faltas de nuestros padres. Las renombradas hazañas de los héroes de la Edad media, la gloria y las conquistas de Carlos V y Napoleon, la union secular de la Iglesia y el Estado, la uniformidad de la administracion romana, la nobleza de la ociosidad y lo humilde del trabajo manual, tales son las preocupaciones que nos dominan y envilecen todavía. El ideal de nuestros políticos, escritores y poetas está en el pasado. Amar la libertad, querer la igualdad, reivindicar un gobierno en que sean preferidos los derechos del trabajo, es obra de un espíritu apocado, y acaso maléfico. Nada es bello sino la fuerza y eso que se ha dado en llamar gloria y conquista. Exigir que un pueblo eminentemente laborioso é industrial se gobierne á sí propio, es ir en pos de una falsa popularidad.

Tal es nuestra situacion. Empujados hácia un porvenir mas bello por los progresos de la civilizacion, prendidos del pasado con nuestras prevenciones de hoy y tradiciones de ayer, nos parecemos á la mariposa, que recién salida apenas de su estado de crisálida, se arrastra aun por el suelo, sin atreverse á desplegar sus alas para remontarse al cielo que absorta vislumbra. No está en ese caso América, que no tiene pasado que le ponga trabas. Cuando América recorre sus anales de dos siglos, en ninguna parte tropieza con el reinado de la fuerza; todo le está hablando de libertad.

Ello se ha visto ya en la *Historia de las colonias*: al emigrar al nuevo mundo, los puritanos habian llevado consigo la libertad política, y religiosa, dejando en el antiguo mundo, muy á su placer, el régimen absoluto en política, la nobleza hereditaria y la Iglesia protegida. Iguales todos, viviendo cada cual del trabajo de sus manos y del cultivo de sus tierras, los plantadores habian constituido por doquier gobiernos libres y populares. Dueños de un territorio inmenso, sin enemigos temibles contra quienes luchar en las comarcas vecinas, jamás habian experimentado la necesidad de concentrar el poder y establecer ejércitos. La república salió de aquella sociedad como una influencia espontánea; y ¿qué otra forma política habria convenido á un pueblo que ni nocion tenia de privilegio y que no tenia necesidad de proteccion alguna?

Esa fué la primera fortuna que tuvieron los norteamericanos. En segundo lugar América tuvo la suerte de hallar hombres educados

en la escuela de la libertad para conducir su revolución. ¡Cuántas veces al leer y referir la historia de la revolución americana, he desviado de allí los ojos, fijándolos con tristeza en mi país! ¿Dónde está nuestro Washington? ¿Dó hallaremos aquí en Europa á aquellos patriotas en quienes la moderación iguala á su sacrificio? ¿En dónde están nuestros Franklin, nuestros Adams, nuestros Hamilton, nuestros Madison? En todo se nos infiltra el sentimiento del culto á la revolución francesa; y ahí está otra preocupación que en nosotros embaraza la majestuosa marcha de la libertad. Ámense enhorabuena las conquistas de la revolución, la igualdad civil, una semi-libertad religiosa, un principio de libertad política; está muy puesto en razón. No solamente amo yo todas esas libertades, sino que las encuentro incompletas; yo quisiera más libertad. En ese sentido, pertenezco como el que más al partido revolucionario de fines del siglo pasado; respeto las venerables cenizas de nuestros padres, pero no puedo admirar la sociedad que dió al traste con la antigua monarquía, ni mucho menos aquella política violenta que de 1790 á 1799, condujo á la Francia al despotismo por el camino de la anarquía. Cuando se compara la revolución de América con la de Francia, al ver como la primera se desplegó majestuosa y se llevó á cabo felizmente merced al patriotismo y á los sacrificios de sus hombres de Estado, y como la segunda fracasó gracias á las pasiones, á la ignorancia, á la injusticia y á los crímenes de los que la bastardearon, va convenciéndose cualquiera de que es necesario romper de una vez así con la idolatría de la revolución como con el culto del antiguo régimen. Las naciones modernas no han menester vanos recuerdos, sino inteligencia y amor á la libertad. El pasado no puede ser la medida de la libertad; antes bien la libertad debe ser la medida del pasado, y ella es quien debe juzgar y en caso necesario condenar. En tanto que se truequen los papeles, perdemos el tiempo en una necia imitación teatral, ó en recriminaciones sin cuento; dejemos que los muertos entierren á sus muertos. Pertenecemos al presente, y pensemos en el porvenir.

Para curarnos de esas perjudiciales preocupaciones, no hay cosa mejor que el estudio de la revolución norteamericana. Allá en el nuevo mundo no se encuentran esas diferencias y antipatías de clases y partidos que han ensangrentado nuestro suelo; nada de esas teorías que Rousseau y Mably pusieron de moda, errores fatales que no podrían dar á luz más que males y excesos; nada en fin de esas ambiciones desenfrenadas que se disputan el poder y desgarran la

patria en su propio seno. Hay indudablemente en América más de una pasión, más de una debilidad; los americanos no son santos, pero el amor del país lo avasalla todo, y por otra parte es harto sensato el pueblo para que nadie sueñe siquiera en esclavizarle é imponerle su voluntad y capricho. No es aquel un país que desde remota fecha esté avezado á dejarse conducir, y que se crea libre solo con cambiar de señor. Un día, es cierto, el ejército americano, irritado hasta el colmo por la ingratitud del Congreso, quiso ponerse á la merced de un jefe; más ese jefe era Washington. Este tenía á su vez harto buen sentido para no reconocer la locura de semejante rasgo de exasperación, y suficiente nobleza de alma para querer ser algo más que el primer ciudadano de un pueblo libre. Por su desinterés Washington se parece á los héroes de Grecia y Roma; por su perfecto conocimiento de la libertad, es el primer hombre de los tiempos modernos. Comprendió que la ley del porvenir era la libertad, de cuya fuerza y fecundidad fué testigo. Obcecados por nuestra falsa educación, no comprendemos nosotros la grandeza de semejante carácter; la sabiduría tiene aun para nosotros algo mezquino, y la moderación nos parece propia de gentes pusilánimes: á nosotros nos gusta el relumbrón y lo teatral, así en la palabra como en la acción. Estudiemos la América y sus maravillosos progresos, y quizás concluiremos por comprender que Washington, Franklin, Hamilton y sus amigos eran verdaderamente grandes hombres; porque ellos previeron esa prodigiosa prosperidad de su patria, ó por mejor decir, fué su obra. No dieron precisamente la libertad á América, sino al mundo. ¿Qué imperio ha tenido alguna vez la duración de aquella república que establecieron plantadores y traficantes? ¿Qué monarquía del viejo continente ha resistido á más rudas pruebas y puede creerse sentada en más sólidos cimientos?

Yo me inclino á creer que la lectura de esta *Historia de la Revolución* no está destituida de interés y utilidad para el lector. No solamente encontrará en ella discursos de Chatam y de Burke, resoluciones del Congreso, cartas de Washington, que son admirables lecciones de elocuencia y política, sí que también además, de puro vivir en esa atmósfera de honradez, y familiarizándose con tan sinceros amantes de la libertad, irá sensiblemente adquiriendo cierta serenidad de espíritu y confianza en el porvenir, virtudes que son más que nunca necesarias en los tiempos actuales. Estamos en vísperas de grandes acontecimientos; llegó ya el momento de agrupar-

se todos los ciudadanos y cobijarse bajo la sombra de una bandera que á menudo se pierde de vista con el humo de la pólvora y con los desquiciamientos sociales, y esa bandera es la bandera de la libertad. Cuando los príncipes abandonen á sus pueblos medio con sumidos ya por la fiebre á la merced de su propia exasperacion, pueblos que actualmente solo están sedientos de paz, cuando se haya arruinado el trabajo y desolado á la Europa con inútiles matanzas y miserias sin cuento, cuando venga el despertar de la embriaguez y aparezca en su desnudez el horror de la sangre derramada, habrá llegado la ocasion de volverse á acoger bajo los auspicios de aquella bandera. ¡Feliz aquel que le haya permanecido fiel, y que, á despecho del estrépido de los combates y de los triunfos de la fuerza, no haya todavía apartado la vista de aquel grupo de inmortales patriotas, sobre quienes descuella imponente y tranquila la grandiosa figura de Washington!

Glatigny Versailles, 15 de Junio de 1866.

REVOLUCION NORTEAMERICANA.

(1763-1782.)

CAPÍTULO II.

De las causas de la revolucion.

La Revolucion americana data del 4 de Julio de 1776, dia de la declaracion de su Independencia. En ese dia, efectivamente, las colonias se declararon en abierta guerra contra la metrópoli. Mas un pueblo no adopta súbitamente resoluciones tan graves; toda revolucion reconoce una causa que la historia indaga cuando quiere esa venir en conocimiento de la catástrofe. Así la Revolucion inglesa de 1688 era un monstruoso enigma para Bossuet, que no acertaba á ver en el protestantismo mas que una aberracion del espíritu humano; la Revolucion francesa es un misterio inexplicable para quien no esté iniciado en el cambio de opinion durante el reinado de Luis XV; la guerra civil que está desgarrando á los Estados- Unidos, no arranca á buen seguro de la presidencia de Lincoln. Hace treinta años que se condensaban las nubes, y que cualquiera hombre de buen sentido descubria en el horizonte. Channing, Parker y muchísimos otros anunciaron á América que la esclavitud era un cáncer que la estaba consumiendo; mas no quiso escuchárseles. Los hombres de Estado, los políticos son á veces espíritus de corto alcance, que no piensan mas que en las necesidades del momento, y así es que acuden á medios raquíticos, á vanos paliativos para curar llagas profundas; pónense de concierto con las pasiones, transigen con los intereses menos respetables, y adquieren de esa suerte fama de discretos, cuando les cabe la fortuna de morir antes de la